

Las ilustraciones de este artículo son de: Omau cómics[©]

El negocio posthumano

Pedro Alzuru
Universidad de Los Andes
alzuru@ula.ve

Resumen

El artículo trata de aproximarnos a la radical puesta en cuestión del concepto y del fenómeno de la naturaleza humana tal y como hasta hoy ha sido pensado, sobre todo considerando el sorprendente desarrollo de la tecno-ciencia en las últimas décadas, aunque esta no sea su única causa. La penetrante potencia de la tecnología sobre la vida biológica, pone radicalmente en discusión, sobre todo, el supuesto carácter absoluto de la esencia simbólica y cultural de la naturaleza humana. Desde el momento en que la vida puede ser intervenida y modificada por la ingeniería genética, por la bio-nano-tecnología, no puede dejar de modificar, también profundamente, las formas de vida y las formas complejas de la existencia humana. Asistimos pues a la crisis del paradigma de la antropología filosófica de los siglos XIX y XX imperante en los existencialismos y en las hermenéuticas hasta hace apenas unas décadas.

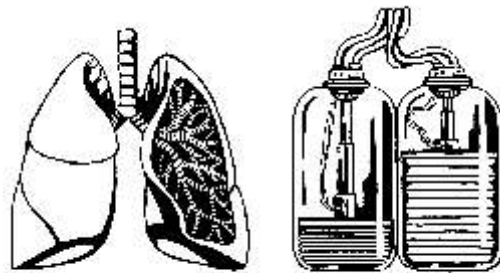
Palabras clave: naturaleza humana, posthumano, genética, biotecnología.

The post human business

Abstract

The article tries to approach the radical questioning of the concept and phenomenon of human nature as it has hitherto been thought, especially considering the amazing development of techno-science in recent decades, although this is not their only cause. The penetrating power of technology on biology radically puts under discussion, above everything, the generally believed symbolic and cultural essence of human nature. From the moment that life was intercepted and modified by genetic engineering through bio-nano-technology it could not be stopped, especially in the changes of various life forms and human existence as a whole. We are thus contributing to the philosophical-anthropological paradigm crisis of the nineteenth and twentieth century, prevalent in existentialism and therapeutics until about a few decades ago.

Keywords: human nature, posthuman, genetics, biotechnology



La crisis de los confines ontológicos entre humanidad, animalidad y tecnicidad; tanto que recientes teorías biológicas nos hablan de co-evolución hombre-máquina, de hibridación bio-tecnológica. Aparece evidente que la humanidad emergió de mecanismos antro-po-genéticos pre-humanos que luego evolucionaron históricamente por saltos. Se sustituye (Gould 2002) el determinismo gradual del proceso evolutivo darwiniano por un proceso irregular formado por largos periodos de estancamiento en el panorama de las especies, separados por rápidas mutaciones debidas a la extinción de especies viejas y al nacimiento de nuevas, también en virtud de gigantescos dispositivos sociales antropotécnicos, como el adiestramiento escolar o el tejido bio-político casa-hombre-animal doméstico (Sloterdijk 2002), gracias, finalmente a “tecnologías del pensamiento” como la escritura alfabética (McLuhan 1962).

No puede extrañarnos entonces la invitación a reflexionar sobre los peligros que el evento tecno-anropológico implica, no tanto la hibridación biotecnológica, ni la transformación de las formas de vida, sino más bien la posible reducción de la ultra-animalidad que desde siempre el hombre ha sido, sin asumirla definitivamente, a una especie de máquina instintiva dependiente funcionalmente de los diversos entornos en los cuales vive. No se trata sólo del fin de aquellos 'ultras' que siempre el hombre ha sentido y pensado ser frente al resto de los animales; se trata de la posibilidad más insidiosa de ver desvanecerse la pasión por lo ultra, por lo más allá que ha caracterizado la vida de los humanos, la sobrevivencia dispendiosa (Derrida), la soberanía y el derroche (Bataille 1957).

Las interrogantes son múltiples: los fundamentos de la antropología filosófica, evidenciando sus aporías y sus virtualidades; los experimentos estéticos con base neo-tecnológica que han derribado el muro entre creación artística e investigación científica; las relaciones entre posibilidades tecno-biológicas, explotación capitalista de los recursos bio-genéticos y las estrategias bio-políticas que se tejen hoy en el mundo; la redefinición de la naturaleza humana como mezcla de humano e inhumano, más allá de las clásicas teorías psicoanalíticas que lo leen como agresividad y violencia ínsita al humano, al punto que se llega a hablar de condición inhumana; las ideologías trans-humanista y post-humanista, con el fin de discernir sus consecuencias teórico filosóficas (Editorial, Kainos n° 6, 2005).

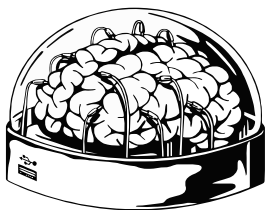
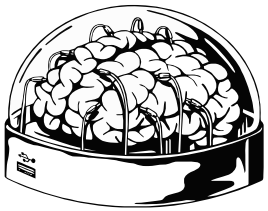
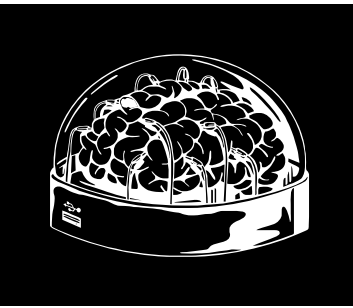
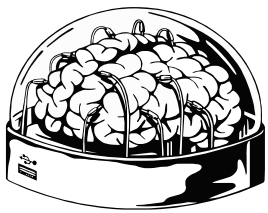
Aunque han surgido en ámbitos específicos, el negocio posthumano nos parece inseparable del negocio postmoderno, ambos tienen que ver con las cada vez más estrechas y complejas relaciones entre el arte, la tecnología y la ciencia y las formas como estas prácticas humanas han terminado por modificar a su autor, por cambiar la forma que tenemos de interpretarnos y la forma que tenemos de ser. Pensar la sociedad después de la modernidad, pensar la especie después de la humanidad son, de alguna manera consecuencias, corolario, de la necesidad que tenemos de actualizar el esfuerzo nietzscheano de pensar el mundo después de la “muerte de Dios”.

En este cuadro de eventos y de sus consecuentes interpretaciones se insertan las convicciones posthumanas generales: los hombres ya no son lo más importante en el universo, el desarrollo tecnológico conduce inexorablemente a una transformación de la raza humana tal y como la conocemos hasta ahora, como hemos perdido la fe en los dioses perdemos la fe en los seres humanos, estos como aquellos existen sólo mientras creemos que existen.

El futuro no llega, se desvanece con el pasado y el presente, los seres humanos no somos iguales pero es peligroso dejar de fingirlo, las máquinas ya no son máquinas, tenemos la necesidad que nos digan lo que sabemos para creerlo, no habrá una sociedad donde todo funcionará bien, no queda otra que montarse en la ola. Hemos comprendido que la cultura, la creatividad y la inteligencia humanas son limitadas, las máquinas complejas son una forma de vida emergente, no comprendemos ni controlamos su actividad, así como las computadoras se desarrollaron para ser semejantes a los humanos, éstos se desarrollan para agradar a las computadoras, las máquinas nos piensan así como nosotros las pensamos.

Si la consciencia emerge de un conjunto determinado de condiciones, necesitamos recrear esas condiciones: no se limita al cerebro, es función de un organismo no de un órgano, mente y cuerpo actúan juntos para producir la consciencia, no existe un pensamiento aislado del cuerpo. No se puede negar que el rol del cerebro es importante pero el cuerpo humano no tiene límites; cuerpo, ambiente y cerebro forman un continuum, lo humano se puede identificar pero no definir, consciencia y ambiente no se pueden separar, no hay nada externo a lo humano.





Hubo una vez Dios, los seres humanos y la naturaleza, pero los humanistas se despojaron de Dios, dejando a los humanos en un permanente conflicto con la naturaleza, los posthumanos se deslastran de los humanos dejando solo la naturaleza. Pero esta distinción, Dios-humanidad-naturaleza, se mantiene solo por prejuicios históricos. Idealismo y materialismo parten de la distinción entre la cosa que piensa y la cosa pensada, mente y realidad externa, cerebro y ambiente, eliminadas estas falsas oposiciones desaparece también la querella filosófica, las ideas no son independientes de la materia, la materia es una idea.

Muchos problemas filosóficos nacen de premisas erradas: que el lenguaje es coherente y las palabras existen porque representan cosas y esas cosas son en sí mismas coherentes, pero la lógica es una ilusión de la imaginación humana. En este sentido, respecto a las relaciones que se han establecido entre la ciencia, la naturaleza y el universo, se puede afirmar que la ciencia no alcanzará jamás el objetivo de comprender la naturaleza última de la realidad, el universo -los universos- será siempre más complejo de lo que podemos comprender, por esto el posthumano abandona esta búsqueda, también abandona la pregunta por la existencia y por el ser, la respuesta a la pregunta ¿por qué estamos aquí? es que no hay respuesta. Ningún modelo científico puede conocer todo el universo, necesitaría conocer todos sus factores y eso es imposible, al ignorar al menos un factor es incompleto, lo que no quiere decir que sea inútil.

Por esto el posthumano acepta que tiene una capacidad finita para comprender y controlar la naturaleza. Todo origen es fin y todo fin es origen, podemos afirmar que el aleteo de una mariposa puede provocar una tempestad en el otro extremo del globo pero debemos saber también qué provocó el aleteo.

La lógica que a escala humana nos parece coherente, probablemente no lo sea a escala macroscópica o microscópica, todo depende del nivel de resolución que alcancemos en la observación, el conocimiento tiene que ver con los datos y estos varían con la resolución. Los científicos privilegian el orden pero la naturaleza no es en esencia ni ordenada ni desordenada, la impresión de orden o desorden dice más de la forma como elaboramos la información que de la presencia de orden o desorden en la naturaleza. La ciencia trabaja sobre la base de un orden intrínseco al universo, el posthumano sostiene que las leyes no son intrínsecas a la naturaleza y tampoco las elabora la mente basándose en la naturaleza, el orden o el desorden que percibimos en nuestro entorno depende de la relación entre el universo y la consciencia que no pueden ser separados.

Todo lo que existe es energía y esta se manifiesta de múltiples formas y se transforma continuamente, el aspecto de la materia es la ilusión generada por la interacción entre sistemas energéticos y el nivel de resolución humano. Los mismos humanos y el ambiente son manifestaciones de energía. Lo que llamamos paranormal, inmaterial, sobrenatural, oculto corresponde a sistemas en los cuales no tenemos ni más ni menos fe que la que tenemos en los métodos científicos.

Todo esto hace que orden y desorden sean cualidades relativas, todo lo que percibimos tiene grados diversos de orden y desorden, ello es contingente al nivel de resolución con el cual observamos. Esa resolución puede estar determinada culturalmente, los lógicos afirmarían que existen formas matemáticas, independientes de la subjetividad humana, para definir el orden, la entropía y la complejidad, pero estas definiciones, útiles en ciertas aplicaciones, permanecen abiertas a interpretaciones relativistas. Las distinciones aparentes entre las cosas no son el resultado de divisiones ínsitas a la estructura del universo, son producidas por el modo en el cual los procedimientos sensoriales operan y por la variedad de modos como la energía se manifiesta en el universo.

Estos modos de percepción de las manifestaciones de energía pueden describirse con las cualidades de la continuidad y la discontinuidad. La continuidad es la no interrupción del espacio-tiempo, la discontinuidad es su interrupción, su fractura, estas cualidades pueden discernirse en todos los eventos dependiendo de cómo sean observados, pueden observarse incluso simultáneamente, la cualidad de (dis)continuidad es también sensible al contexto. Lo que distingue a las cosas entre sí es la percepción de discontinuidades. Lo antes dicho vale para la complejidad.

Sobre el pensamiento, el significado y el ser se puede afirmar que, mientras los modelos para interpretar el funcionamiento del cerebro tengan lagunas, la creación de una conciencia sintética será impracticable. El pensamiento humano ocurre en cooperación con el cuerpo humano, no ocurre en una parte específica, nos figuramos el pensamiento como bloques de datos en el cerebro pero este es un modo estático de figurárnoslo, un pensamiento es un recorrido en el medio cognitivo, si hacemos una analogía con el metro, un pensamiento no es una estación sino el trayecto entre estaciones, no es un destino es el viaje.

Los itinerarios se crean de formas diversas, con la acción directa, el aprendizaje, la precognición o el acto mismo del pensar. En términos neuro-fisiológicos, los trayectos incluyen la conectividad entre neuronas y la probabilidad de su ignición pero no se restringen a ellas. La fábrica neuronal no es una sustancia estática, cambia con las estimulaciones y activaciones. El trayecto de un pensamiento no es lineal, puede tomar simultáneamente varias vías, puede combinar varios pensamientos. Podemos imaginarnos cosas que no hemos visto viajando simultáneamente por varios trayectos de pensamiento.

La actividad de pensar es regulada por el flujo de energía en el médium cognitivo, la continuidad y la discontinuidad así como la estabilidad y la conectividad, marcan diversas exigencias de energía. La presencia o ausencia de significado la determina la acumulación de energía requerida para pasar de un concepto a otro.

Con el fin de mantener el sentido de la existencia los humanos tratan de establecer una continuidad con los estímulos que reciben del ambiente, estos estímulos son estables e inestables, el desarrollo de pensamientos estables corresponde a estímulos estables y generan un sentido de orden, esta estabilidad se desarrolla en un sentido de la existencia. Si el sentido del orden no estuviera amenazado por estímulos casuales no habría motivo para reafirmar el orden y evitar disolvernarnos en el caos. Los modos a través de los cuales este proceso de la existencia ocurre son múltiples, podemos aprender de los humanos sobre la existencia, pero ese no es el único modo.

El humanismo se caracterizó por la certeza en el funcionamiento del universo y sobre la posición de los humanos en su interior. La era posthumana se caracteriza por la incerteza sobre el funcionamiento del universo y sobre qué quiere decir ser humano. De aquí se originan preguntas que ni siquiera se plantearon durante el humanismo, por esto podemos llamar a la nuestra la era de la incerteza, ya no existen cosas sino probabilidades. La incerteza es cada vez más familiar: sobre el empleo vitalicio, sobre las teorías políticas y económicas, sobre lo que ocurre en el ambiente, sobre el progreso, sobre donde nos lleva la tecnología. Pero no debemos tener miedo de la incerteza, el mundo siempre ha sido incierto, la diferencia es que ahora es más difícil imponer una autoridad, el aumento constante del flujo de información disminuye la autoridad: hay más información, por ello hay menos sentido de la certeza. La certeza, como la fe, nace de la ausencia de información. Lo único cierto es la incerteza.

En este contexto volvemos nuestra atención al arte y la creatividad. La producción y el aprecio del arte son una particular cualidad humana, los humanistas la consideraban la expresión más alta del pensamiento humano, lo que nos distingue de las máquinas. Esto es un desafío humanista para la era posthumana, el llegar a crear una máquina que pueda producir y apreciar el arte.

Podemos considerar que el arte es un producto del mercado del arte, pero debemos distinguir entre un objeto artístico y un objeto estéticamente estimulante. Un objeto de arte se comercializa en el mercado del arte, un objeto estético es apreciado por sus cualidades estéticas. Algunas cosas tienen ambas cualidades (un ocaso pintado por Van Gogh por ejemplo), algunas cosas pueden ser objetos estéticos sin ser arte (un ocaso por ejemplo).

Hay personas que piensan que mucho arte moderno y postmoderno no es arte, al hacerlo confunden el valor artístico y el valor estético del objeto. El arte es un producto como cualquier otro.

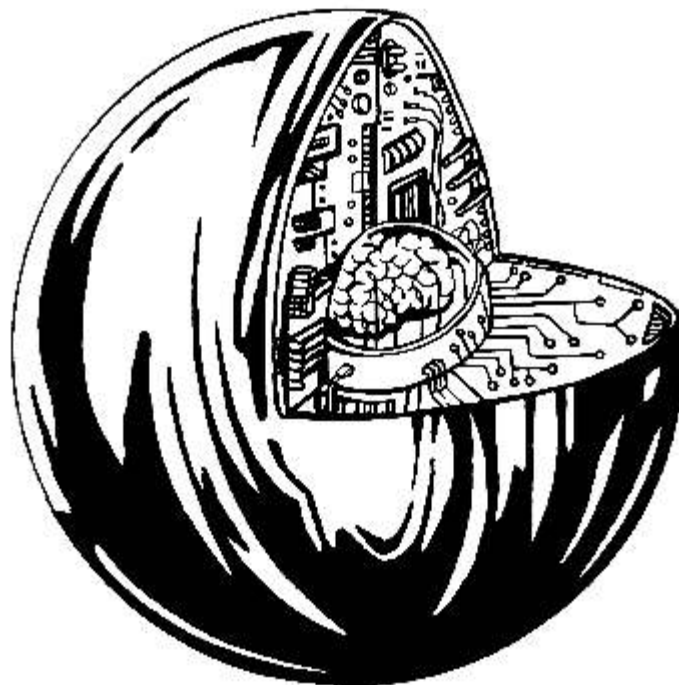
El mercado del arte es un conjunto de instituciones y organizaciones comerciales que colectivamente fundan, promueven y venden arte. El arte ha sido siempre elitista y exclusivo.

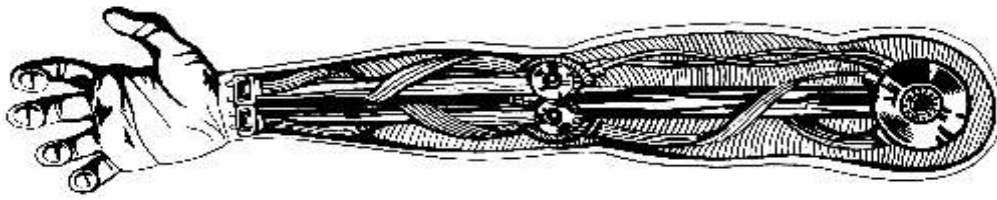
El buen arte es estéticamente estimulante, el mal arte es estéticamente neutro. Los criterios para determinar lo estimulante y lo neutro varían, por supuesto, con los grupos y con los cambios de la sociedad. El buen arte contiene un elemento de desorden, de discontinuidad, el mal arte simplemente refuerza un orden existente. El buen arte promueve la discontinuidad, el mal arte refuerza la continuidad.

La discontinuidad produce experiencias estéticamente estimulantes, la continuidad produce experiencias estéticamente neutras. La discontinuidad es la base de toda creación, pero la discontinuidad no tiene sentido sin la continuidad. La experiencia estética es generada por la percepción simultánea de continuidad y discontinuidad en el mismo evento. Ahora, los valores de orden y desorden son ampliamente prescritos por el contrato social.

El arte posthumano se sirve de la tecnología para promover la discontinuidad. La sociedad sana tolera esto porque entiende que los humanos, a pesar de ellos mismos, necesitan exponerse a la discontinuidad. Las sociedades insanas lo desestimulan y reprimen. La creatividad no es la producción de algo totalmente nuevo, es la combinación de cosas que ya existen con una nueva percepción. Creatividad y goce estético son habilidades humanas para modificar las conexiones en los itinerarios de pensamiento. La estimulación estética es alta cuando los conceptos son forzados a juntarse en lugares relativamente distintos de manera discontinua. La acumulación de energía necesaria para contemplar conceptos distintos produce una oleada de emoción conocida por el amante del arte.

Ya existen máquinas que pueden aprender, pero sus habilidades están hasta ahora limitadas por la lógica. La era posthumana se iniciará plenamente cuando la salida (output) del computador sea imprevisible. La mayor parte de las máquinas con inteligencia artificial están herméticamente cerradas, limitadas en su capacidad de cálculo, sensibles a un número limitado de estímulos y su cociente de causalidad es pequeño. El pensamiento humano, como vimos, no es hermético y lineal, no podemos ignorar el efecto de cada estímulo ambiental sobre el proceso del pensamiento, así parezca insignificante. La mente humana ha evolucionado precisamente por absorber lo inesperado, lo discontinuo.





El impulso a afirmar lo ordenado en oposición a los estímulos casuales contribuye a nuestro sentido de la existencia. Por esto, si llegamos a crear una inteligencia sintética semejante a la nuestra, deberá ser sensible al mismo nivel de interrupción casual de los humanos, tener el mismo impulso a reafirmar el sentido contra los estímulos desestabilizadores, deberá ser capaz de adaptarse y de utilizar las posibilidades creativas que ofrecen los estímulos no lineales. Deberá además, ser capaz de establecer conexiones entre sus pensamientos de modo discontinuo, hacerse permanentemente sensible a los estímulos casuales. Una inteligencia sintética que aprecie lo estético deberá ser capaz de sentir simultáneamente la continuidad y la discontinuidad. Habría que determinar el grado de excitación que ello le provoque.

Los humanistas se vieron a sí mismos como distintos, en una relación antagonista con todo lo que los rodeaba. Los posthumanos, se ven a sí mismos como incorporados en un mundo tecnológico extenso (Pepperell, 2005).

El concepto del posthumano apareció en el ambiente cyberpunk y ha sido aprovechado luego en el arte contemporáneo, sin embargo permite discutir las transformaciones en curso, ante nuestros ojos, y no tiene que ver sólo con aspectos estéticos y de tecnología de la comunicación, pone en evidencia una mutación paradigmática, antropológica; por lo tanto la discusión no se reduce a la estética, a la sociología o a la teoría de la comunicación, requiere una apertura teórica filosófica que aborde la cultura de la técnica.

En este espectro se han propuesto tres acepciones del concepto que se ponen en tres niveles: el primero es el literal y literario de la estética, de la hibridación hombre-máquina. Literal porque se considera al hombre como “cuerpo humano” y su superación como simple sustitución tecnológica del mismo o de algunas de sus partes con artefactos, sean biológicos (industria genética) o mecánicos (biónicos o robóticos o cibernético-informáticos). Esto conduciría a un hombre físicamente modificado, intervenido, rehecho y hasta re-proyectado mediante la técnica. Un hombre que se aproxima cada vez más a la tecnología, a la cosa, que se deshumaniza y se cosaliza. En este nivel se desarrollan la mayor parte de las especulaciones sobre el posthumano, la estética literaria y artística, el arte “post-humano”, la cirugía estética y los casos límites del performance.

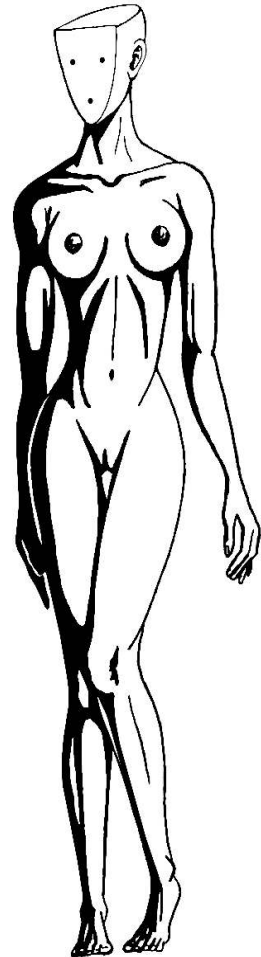
Un segundo nivel donde se considera el posthumano como posthumanismo, es decir crisis de la visión antropocéntrica desarrollada por el Renacimiento y de su jerarquía de las visiones del mundo, puesta en discusión a lo largo del s XX. El estructuralismo, la teoría de sistemas, las teorías de Heidegger, el animalismo y la inteligencia artificial; ámbitos distintos y hasta incompatibles, que no obstante tienen en común socavar la indiscutida supremacía humana.

Y un tercer nivel, epistémico, que remite a la constitución del hombre en la geografía de los saberes, su emerger como objeto de saber a través de las ciencias humanas y su fungir de principio regulador. Modelo proyectado en el *Übermensch* de Nietzsche y en la “muerte del hombre” de Foucault. La superación de lo humano se pone en el mismo plano que la superación de lo divino, del “Dios ha muerto” a el “Hombre ha muerto”. Si al tratar del medioevo no podemos evitar confrontarnos con problemas teológicos y religiosos (p. ej. en el arte), en el s XIX, cuando escribía Nietzsche, la historia, los saberes, el arte ya podían prescindir del discurso sobre Dios. Opuestamente, en la episteme del s XIX es imposible sustraerse de la idea de “Hombre”, en ese momento se está convencido que al hombre le toca hacer historia, que el arte expresa la humanidad del artista y es signo de la humanidad del hombre en general. Esta visión se prolonga en la idea de revolución como rescate del hombre de su estado de alienación y en la convicción que también la religión es expresión de los dilemas existenciales del hombre.

Posthumano significa aquí que estamos pasando a otro sistema en el cual el rol del hombre deviene inessential, como ocurrió con el de Dios en el s XIX. Este fenómeno debería tener consecuencias profundas en la organización misma de los saberes, una crisis disciplinaria de los discursos pilares de la episteme humanística: la antropología, la historia, el arte, la política y la ética. El posthumano es aquí un cambio de “mundo”, que entre otras cosas hace más aceptable la intervención técnica del hombre pero no se limita a ello.

Las observaciones críticas dirigidas por Heidegger contra la técnica, las cuales han generado una satanización de la misma en las últimas décadas por muchos de sus intérpretes, no tienen que ver con la técnica en cuanto tal, sino con una dimensión de ella, un aspecto intrínseco y limitado a la industrialización capitalista. Estas críticas a la técnica se dirigen en realidad a la lógica profunda de la economía industrial y del consumismo a ella inextricablemente relacionado. Esto significa que el riesgo no es tanto que el hombre sea consumido como recurso por la técnica en tanto que tal, sino más bien que está destinado a ser carburante de una dimensión de la economía industrial que se encuentra fuera de control en relación con el régimen de las finalidades humanas comunes, ámbito de referencia de la política.

El posthumano, se plantea, de hecho, como un efectivo retorno a la necesidad de automodificación del hombre de cara a su adaptación al ambiente, análogo, aunque no igual, al experimentado en su condición pretecnológica y, hasta cierto punto, animal. El problema no se funda pues en la esencia de la técnica, ésta, al consentir al hombre modificar su ambiente para adaptarlo a sí mismo, en vez de modificarse genéticamente él para adaptarse al ambiente, ha permitido la transformación del ambiente en mundo, y ha permitido el desacoplamiento del condicionamiento ambiental, condición necesaria para la adquisición del carácter trascendente del hombre en relación con el dominio de las cosas.



El carácter poietico de la técnica no es sólo el de crear cosas, sino también y sobre todo el de crear mundo. ¿Cómo ha sido posible entonces que, a partir de cierto momento, la técnica dejó de producir mundo y comenzó, al contrario, a devorarlo? Probablemente la técnica no trabaja ya para el hombre sino para “otra cosa”. El mundo humano produjo algo que el hombre, tanto en su dimensión individual como en su dimensión política, no logra controlar, en tanto es incapaz de abandonarlo porque, opuestamente, se abandona a eso, y por esto es incapaz del distanciarse necesario que le permita convertir un condicionamiento en problema, en el marco de las cosas y del saber. Esta “otra cosa” actúa en el mundo y sobre el mundo, lo limita, sin revelarse. Sin la distancia, sin el desacoplamiento es imposible darnos cuenta de lo que nos condiciona, creyéndonos paradójicamente más libres que nunca.

Eso que no es la técnica en sí misma es sin embargo parejo a la técnica en su sentido más amplio y en el relacionarnos con ella como extracción, transformación, producción, servicio y consumo. Hoy la lógica económica del mercado es concebida como una necesidad natural a la cual ningún gobierno y ninguna institución política puede oponerse. Hay organismos internacionales que promueven el desarrollo del mercado en detrimento de la soberanía política de los estados. Los estados, aun sabiendo esto, se adhieren a ellos porque de lo contrario se arriesgan a quedar excluidos del desarrollo económico y ello se refleja inmediatamente en el consenso popular que sostiene a la clase en el poder. En otras palabras, si el estado no compromete su soberanía compromete su gobernabilidad, ya que el grupo dirigente abandonando el desarrollo económico, pierde el consenso y eso permite el ascenso de una dirigencia más favorable a las organizaciones del mercado mundial. Es una selección automática del más apto, un mecanismo evolutivo, una máquina que se autoalimenta, un sistema vivo -dicen algunos economistas-, un sistema autopoiético. Esta cosa es trascendental frente a la política y a los humanos en tanto actores políticos. Sus funciones están arraigadas en las respuestas automáticas que vienen de lo humano, por eso es capaz de absorberlo como ambiente y subsumirlo como recurso, el hombre se hace, en consecuencia, funcional al mercado y no al contrario. El hombre debe buscar de cualquier forma adaptarse al ambiente-mercado, de este modo, la técnica, dirigiéndose al hombre como recurso o material humano se convierte para el hombre en devoradora del mundo y ya no creadora.

El posthumano consiste pues en la dependencia del hombre de la economía industrial tecnológica, respecto a la cual debe adaptarse, habiendo sido desposeído del cetro que le permitía utilizar la técnica como instrumento dirigido políticamente a la construcción del mundo. El “mundo del mercado”, como ambiente al cual el animal está obligado a adaptarse, construye al hombre que pasa a jugar un rol de instrumento. El hombre se autotransforma (estéticamente, físicamente, psicológicamente) para ser más competitivo, a cambio tendrá el éxito.

El mundo moderno había puesto objetivos estables como metas de la voluntad humana, la riqueza, el poder, el conocimiento. Hoy el éxito no es estable, es circulación y espejismo. Promete poder en la medida en que impone dependencia, da riqueza en la medida en que requiere derroche, masacra el conocimiento convirtiéndolo en algo relativo y reduciéndolo a una práctica retórica servil y adulatora a través de una comunicación estulta y amarillista.

El mundo posthumano no es el de la bio-política, una máquina de gobierno que pretende controlar todos los detalles de la vida. Este aparato pronto será residual, vestigio de un viejo poder, frente a algo que, comparándolo con la bio-política, podemos llamar bio-economía: la organización, explotación y traducción en términos económicos y de mercado de todos los aspectos de la vida y de la existencia. En todo nexo afectivo, de intereses, de amor, de odio, etc., debe entrar el business; de todo sentimiento, de toda emoción debe sacarse un provecho. El reino humano era de causas y efectos, de finalidades y voluntades, el reino posthumano, de la bio-economía, es de la circulación, de las redes y los sistemas en el cual nada es estable.

El modo a través del cual la bio-economía transformó el reino humano en un ambiente y al hombre en cosa entre las cosas, fue destruyendo su racionalidad; el hombre se ha consumado como productor, objeto de una extracción de servicios, como un recurso, el trabajo. Pero el hombre puede prescindir del trabajo, de lo que no puede prescindir es del consumo. El único y universal criterio regulador pasa a ser la disponibilidad económica, con ella el mercado compra el trabajo y encadena al hombre a su lógica. La organización que impone la bio-economía se basa en la racionalización de la oferta y la irracionalización de la demanda; una racionalidad instrumental hacia adentro coronada por la irracionalidad externa.

El pensamiento meditante es pronto marginado y probablemente eliminado. Si la batalla de los siglos XIX y XX se jugó en las fábricas, la del siglo XXI se juega en los supermercados y no puede ser ganada con las armas de la política (Terrosi 2005).

La deriva en la cual nos encontramos hoy nosotros, la nave de los locos en la que nos hemos embarcado, la anormalidad que somos, no puede no tener que ver con lo postmoderno y con lo posthumano, paradigma en el que ha entrado inexorablemente la mayor parte del mundo occidental y no occidental, podemos tener la impresión que no tiene que ver con el s XXI y que quizá tiene más que ver con el s XIX, es decir con una política con rasgos premodernos que en vez de confrontarse con la modernidad -no hablemos de la postmodernidad y el posthumano- se reterritorializa en los valores de la nación, de la identidad, de la tradición, de la revolución, de la autenticidad, del pacto cívico-militar, del antiimperialismo, de la cubazuenalidad, del bolivarianismo y su decreto de guerra a muerte. Valores todos destrozados antes que por el posthumano por la misma humanista modernidad, valores que, sin embargo entre nosotros se pretenden mantener compulsivamente. La deriva en la que estamos no es otra cosa que una huida, puede ser hacia atrás o hacia adelante, lo determinante son sus efectos, en todo caso se trata del resentimiento convertido en política, de la venganza convertida en ley. Un grupo toma el poder por vía electoral y se dedica a destruir todo lo que podía permitir al país, entrar en la bio-economía, donde inexorablemente tiene que entrar y mientras más se tarde peor será para sus habitantes. Probablemente sea “mejor” para su clase gobernante, mejor coyunturalmente, mejor para provecho personal, bajo las banderas del altruismo y de la solidaridad; pero no puede ser mejor para la nación, el fratricidio -más bien la masacre, las fuerzas represivas del estado dirigidas contra los ciudadanos- nunca es mejor, siempre es peor.

Podemos no estar de acuerdo con el business posthumano pero no nos podemos hacer los locos, no podemos hacer como si ahí afuera no reinara la bio-economía; como aquí adentro por lo demás, solo que bajo una figura singular.

El negocio de un buhonero filantrópico, aterrado por la impredecibilidad de las masas, obsesionado por dominar y no por gobernar; que recurre a la represión y a la tortura, sin pudor; que pretende mantener excluida a la mitad de la población mientras frena a la otra mitad con interminables “cadenas” mediáticas, bandas paramilitares y una infinidad de listas de espera, mitad que ha cambiado su autonomía por la promesa de un beneficio material o simbólico, promesa que no se va a cumplir.

Buhonero asociado, para que no quede duda sobre el business, a una franquicia con la cual ha establecido una relación comercial gigantesca, anclada en una estampa de la Guerra Fría, un modelo de negocio que le ha funcionado muy bien a esta franquicia, una corporación dinástica con más de cincuenta años de experiencia que vende servicios de control social y obtiene ganancias extraordinarias con costos mínimos.

De ese negocio posthumano entre el buhonero local y la franquicia caribeña, más que el petróleo, nosotros, cada uno de los venezolanos, somos el carburante, el recurso no renovable.

Referencias bibliográficas

- 1.Georges Bataille (1957), L'Erotisme, Minuit, Paris, 2011.
- 2.Jacques Derrida(1967) L'Écriture et la différence, Seuil, Paris
- 3.Marshall McLuhan(1962)The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man (Routledge& Kegan Paul).
- 4.Peter Sloterdijk (2002), El Desprecio de las masas, Pre-textos, Valencia
- 5.Robert Pepperell (2005), The Posthuman Manifesto, Kainos nº 6.
- 6.Roberto Terrosi (2005), Ex-humans. Sull'essenza del postumano, Kainos nº 6.
- 7.Stephen Gould (2002), The Structure of Evolutionary Theory, Harvard Univ. Press., Cambridge MA

Referencias electrónicas

- 1.Colette Capriles, <http://elnacional.com.ve>, 27-02, 13-03 y 24-04-14.